

18.º domingo ordinario C

***Guardaos de toda clase de codicia.
Pues, aunque uno ande sobrado,
su vida no depende de sus bienes. (Lc 12,15)***



Primera lectura

Eclesiastés 1,2; 2,21-23

Vaciedad sin sentido, dice el Predicador; vaciedad sin sentido, todo es vaciedad. Hay quien trabaja con destreza, con habilidad y acierto, y tiene que legarle su porción al que no la ha trabajado. También esto es vaciedad y gran desgracia. ¿Qué saca el hombre de todo su trabajo y de los afanes con que trabaja bajo el sol? De día, dolores, penas y fatigas; de noche no descansa el corazón. También esto es vaciedad.

Segunda lectura

Colosenses 3,1-5.9-11

Hermanos y hermanas: Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria. Dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia, que es una idolatría. No sigáis engañándoos unos a otros. Despojaos de la vieja condición humana, con sus obras, y revestíos de la nueva condición, que se va renovando como imagen de su Creador, hasta llegar a conocerlo.

En este orden nuevo no hay distinción entre judíos y gentiles, circuncisos e incircuncisos, bárbaros y escitas, esclavos y libres, porque Cristo es la síntesis de todo y está en todos.

En aquel tiempo dijo uno del público a Jesús: – Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia.

El le contestó: – Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros? Y dijo a la gente: – Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes. Y les propuso una parábola: – Un hombre rico tuvo una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos: ¿Que haré? No tengo dónde almacenar la cosecha. Y se dijo: "Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el grano y el resto de mi cosecha. Y entonces me diré a mi mismo: Hombre, tienes bienes acumulados para muchos años: túmbate, come, bebe y date buena vida". Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿de quién será?" Así será el que amasa riquezas para sí y no es rico ante Dios.

Meditación

Desde el momento en que Jesús anuncia la subida a Jerusalén, su mensaje y su camino se han centrado en el valor del reino que se desvela como la verdadera riqueza de los hombres. Ese reino es el tesoro que nos llena; por eso nuestra existencia tiene que mostrarse internamente desprendida. Los bienes del mundo han perdido su base, tomados en sí mismos se convierten en mentira (dioses falsos). Desde esta perspectiva se desvela como idolatría la absolutización de los bienes materiales o morales (fariseos. Tal es el fondo en que ha venido a situarse nuestro texto.)

Como punto de partida, se nos habla de un oyente que ha pedido a Jesús que se convierta en abogado defensor de los derechos de su herencia. Jesús no solamente ha rehusado sino que aprovechando la ocasión ha proclamado un principio radical de la existencia: "Guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes" (12,15). La vida no se tiene. No se compra ni se vende; ni se puede asegurar con el dinero. Por eso, aquél que ha cimentado su existencia en una base de riqueza material está vacío y flota sin defensa sobre el aire.

La vida no es por tanto objeto de dominio como son los bienes de la tierra. Consiguientemente, el hombre tiene que apoyarse en otras cosas. ¿Cuáles? Para responder a esa pregunta Jesús nos ha invitado a escuchar una parábola. Habiendo conseguido un año numerosos frutos, un labrador creyóse asegurado, dueño del futuro y de la vida. Cuando estaba en esa situación la voz de Dios le dijo: "¡Necio! Esta noche te van a exigir la vida" (12,20). Aquel hombre era rico para sí, pero ante Dios se halló vacío. Su existencia había carecido de sentido.

Con esto hemos logrado una línea de comprensión del problema de la riqueza y la pobreza. Existe una riqueza que se cierra sobre el hombre y le convierte en un hombre del complejo engranaje de la tierra. Se da, por otro lado, la riqueza para Dios, que es la que abre la vida de los hombres al misterio, más allá de la frontera de la muerte, en las raíces mismas de la existencia.

Esta riqueza para Dios ofrece dos momentos primordiales: Por un lado es la plenitud de una existencia abierta al evangelio, internamente llena de amor del reino y de su esperanza. Pero al mismo tiempo, Lucas se interesa por mostrarnos que toda verdadera riqueza de la vida es un don para los otros; por eso es rico el desprendido, o aquél que amando pone al servicio de los otros la abundancia o pequeñez de lo que tiene.